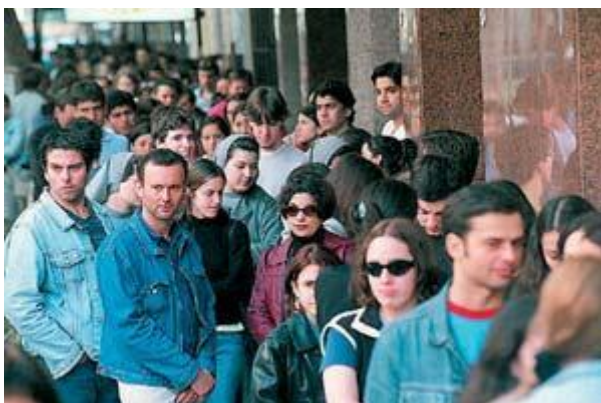


Lunes 15 de octubre de 2001 | **Publicado en edición impresa**

Las elecciones legislativas: escenas de una jornada atípica en la ciudad

# Desconcierto, humor y curiosidades en las calles porteñas

El descontento se palpó desde temprano



La comisaría 23a., en Palermo, una de las más demandadas para pedir certificados. Foto: LA NACION / Rodrigo Abd

**Más notas para entender este tema**

El joven de barba tupida parecía un repartidor de volantes cualquiera. Sin decir palabra, ofrecía ayer sus papeles a vecinos madrugadores en la esquina de Riobamba y Santa Fe. Pero no entregaba la publicidad de un nuevo restaurante, sino falsas boletas electorales con candidatos como Alberto Olmedo, Clemente, Batman, Charly García y Osama ben Laden.

"Es mi forma de actuar en política -explicó Diego Marino, de 29 años-. Estoy harto de que nos tomen el pelo. Es hora de que nos escuchen", completó, mientras seguía con el reparto. La gente recibía con humor las papeletas, salvo una mujer que se enojó cuando le tocó la de Ben Laden. "Bueno, un poco de humor...", pidió el repartidor.

A pocos metros de allí, una larguísima fila, desordenada, llamaba la atención en la tranquilidad de la mañana. Quienes intentaron votar temprano en la Escuela Argentina Modelo, en Riobamba al 1000, se toparon con que las mesas estaban cerradas.

El faltazo de algunas autoridades complicó todo y obligó a posponer más de una hora la apertura de los comicios, hasta pasadas las 9. "Esto no puede ser. Uno intenta cumplir con sus obligaciones y resulta que tiene que perder dos horas", se quejaba Susana Almeida, una ex maestra de 77 años que lucía un elegante traje de domingo. Algo no funcionaba bien en la mañana electoral.

\* \* \*

La dificultad para completar las autoridades de mesa se reiteró en distintos colegios de la ciudad y llevó a que en muchos casos hubiera que invitar a los votantes tempraneros a completar cargos vacantes.

Raúl Gutiérrez, un jubilado de Almagro, fue uno de los que vivieron esa experiencia en una escuela de su barrio. Se levantó temprano, compró facturas y el diario, se dirigió a votar a primera hora y terminó quedándose todo el día. "Me preguntaron si quería ser autoridad de mesa y me pareció una buena forma de mostrar compromiso con el país", explicó, con cierto aire de orgullo.

Complicaciones como ésa fueron de las pocas registradas en la atípica jornada electoral en la ciudad de Buenos Aires. En las calles se pudo palpar el descontento político que anticipaban las encuestas.

A medida que pasaban las horas, y el sol daba un poco de alivio a los porteños, empezaron a verse colas más largas en las comisarías -para excusarse- que en los colegios -para emitir el voto.

"No puedo perder tres horas; tengo que trabajar", gritaba, a las 15.30, Rodrigo Peña, en la puerta de la comisaría 21a., en Julián Álvarez y Charcas. Detrás de él, una fila daba vuelta a la esquina y se extendía por más de 100 metros. "Tranquilo, señor -lo calmó el agente de la puerta-. Esta cola es para los que viven a más de 500 kilómetros y no van a votar. Para averiguar dónde vota es la otra cola."

Aliviado, el hombre que quería consultar el padrón a menos de tres horas del cierre de la elección se acercó a un mostrador de la seccional en el que sólo había unas 30 o 35 personas antes que él.

Cuando llegó, se enteró de que debía ir al Instituto Tognoni, en Santa Fe al 4300. Seguramente, tardó mucho menos en emitir el voto. En esa escuela de Palermo, como ocurrió en casi toda la ciudad, el trámite fue rápido después de las primeras horas. "Entrás y salís, es increíble", comentó Mariel Hierro, que se preguntaba si habría faltado mucha gente para que todo fuera tan sencillo.

\* \* \*

En las filas que se generaron en las mesas las conversaciones revelaban el desconcierto de muchos ciudadanos. "¿Cómo hago para que me anulen el voto?", le preguntaba Claudia, de 19 años, a su padre, que no supo bien qué responderle.

Charlas similares se repetían entre los transeúntes que, muchos con el DNI en la mano, buscaban el lugar donde debían votar. Los presidentes de mesa tuvieron que disipar una y otra vez dudas de los electores, algunas al parecer tan elementales como si se podía o no elegir senadores de un partido y diputados de otro.

También en los parques, en los bares y en los restaurantes las instancias de la elección fueron el tema preponderante en la tarde de ayer.

"Yo voté a Clemente, ¡y a mucha honra!", vociferaba un parroquiano de una pizzería de Juramento y Cuba, que -pese a las restricciones de la veda- disfrutaba de un fernet con cola. Poco se tardó para que empezara una discusión de mesa en mesa sobre cuál era la mejor forma de mostrar bronca contra los políticos.

Cerca de allí, Lucía Grois apuraba el paso para llegar a cumplir su obligación antes del cierre. "Estoy podrida de que nos llenen la cabeza con que debemos votar en blanco. Si dejamos que elijan por nosotros después con qué cara nos vamos a quejar", opinó.

Se dirigía al colegio Nuestra Señora del Rosario, en Ciudad de la Paz y La Pampa, donde ya no quedaban muchos más que el policía de la puerta y las autoridades de la mesa.

Poco después, arrastrando un carrito con una caja de cartón, salía de votar Antonio, uno de los sin techo que duerme en la plaza de Juramento y Ciudad de la Paz. "Voté por mi partido de toda la vida", dijo, sin dar más explicaciones, y se fue.

No quedaba mucho más tiempo. Caía el sol en Buenos Aires y empezaba la hora de descifrar el mensaje de la gente. .

Por Martín Rodríguez Yebra  
De la Redacción de LA NACION